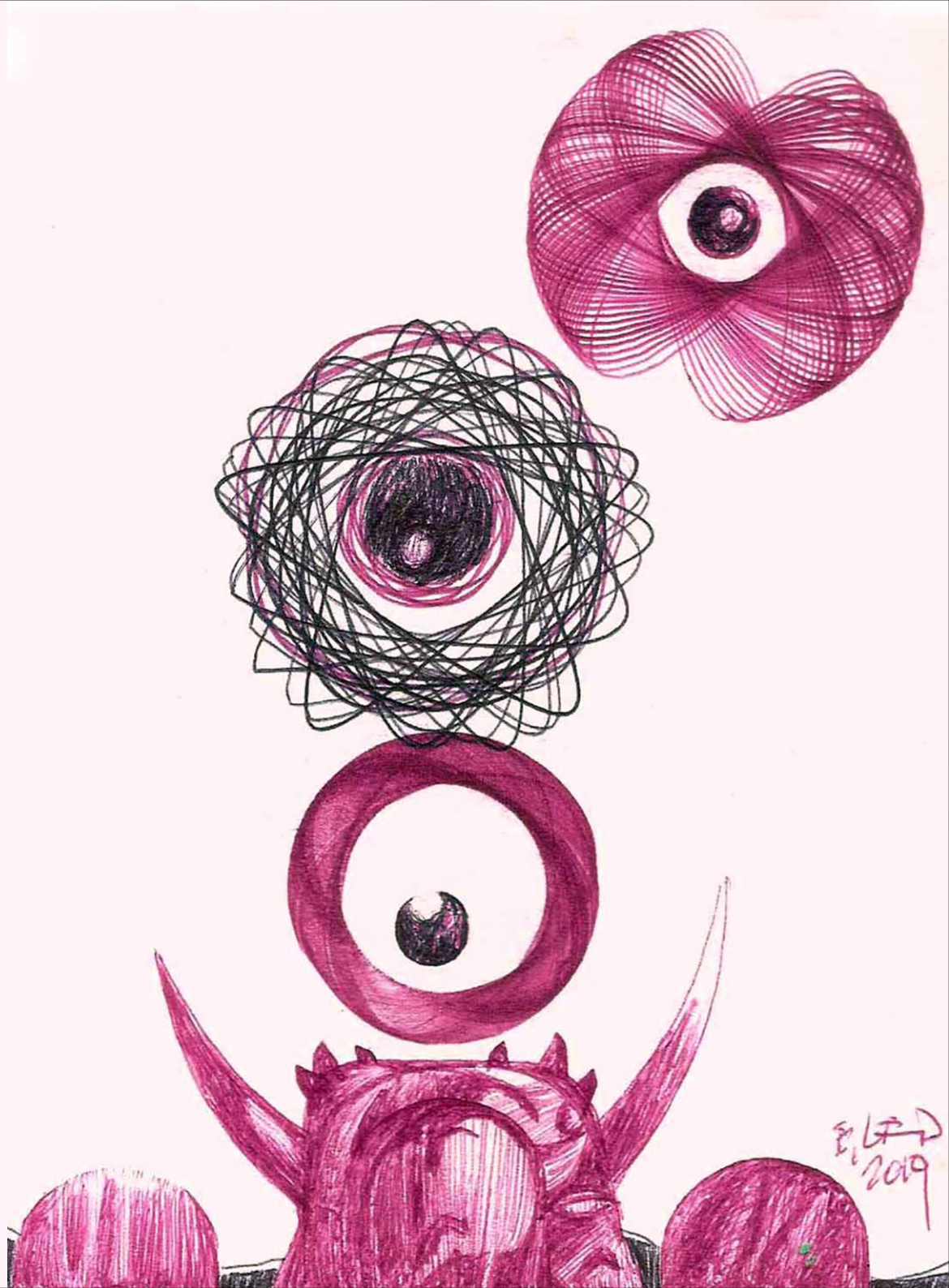
LAFARIUM



SINCRONISMO DE CULEBRÓN
Marcelo Gobbo

De haber llegado a la curva catorce segundos más tarde, la familia Cronoso no habría embestido al caballo de los Pérez, que se había escapado del corral cien segundos antes dejando a los Pérez sin medio de locomoción para llevar al primogénito, que llegaba al límite de tolerancia de su apendicitis, hasta la sala de primeros auxilios más próxima al rancho, y, de ese modo, no habrían muerto al instante ni la madre y el menor de los Cronoso, en el accidente, ni el primogénito de los Pérez dos horas más tarde, a causa de la peritonitis, ni al cabo de diez años la mayor de los Cronoso se habría fugado de su estancia junto con el menor de los Pérez para, dos años después, dar a luz a los trillizos que se quedarían huérfanos luego de que Cronoso padre matara al menor de los Pérez por haber raptado a su hija, según refirió al juez, y su hija fuera presa por matar al padre para luego morir en un pabellón de la cárcel a manos de la hija de los Pérez, que casualmente había sido encarcelada en el mismo lugar por robo a mano armada en un hipódromo.

Alejandra Viviana Aranda

COSA MALA

Melissa Cammilleri

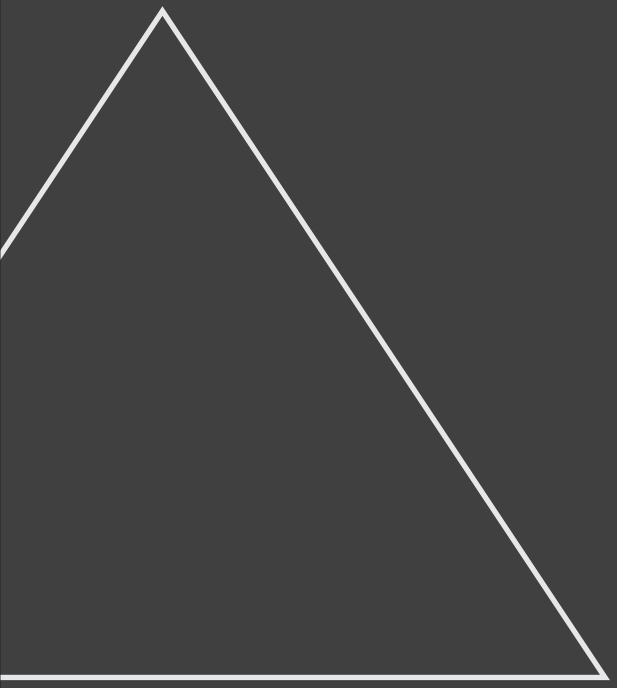
Nadie lo vio venir. Apareció en el baldío de la Ñata, como si siempre hubiera estado ahí, porque ni ruido, ni luces, hizo al llegar. Un gigante, dijeron los chicos y se acercaron a jugar con él, llevaban para regalarle canicas y galletas, pero las madres y los padres buscaron apartarlos, los pusieron a hacer las tareas, a barrer el piso, los encerraron en sus cuarto; ellos mismos trabajaron con tal de no ver lo que había aparecido en lo de su vecina, que de tan viejita que estaba, ni levantó las persianas ese día, ni salió a recibir a los que le tocaron la puerta. Cosa rara, mala, maldita decían que era. Terminaba en punta e irradiaba calor, se mantenía erguida y callada, como inocente.

Vinieron los inspectores y los recolectores de basura, los leñadores con un remolque, y no lo pudo llevar ni mover nadie. Los fumigadores lo espolvorearon con sus líquidos y gases, por las dudas, a ver si estaba vivo y moría, si se marchaba de alguna forma, si echaba a volar. La Ñata tampoco salió a controlar y se desentendió de que le rociaran sus calabazas y zapallitos, sus álamos donde colgaban las hamacas en las que hace años habían jugado sus nietos y que ahora se bamboleaban de un lado al otro, adelante y atrás, solas, casi rozando eso que se había posado en el centro de su baldío.

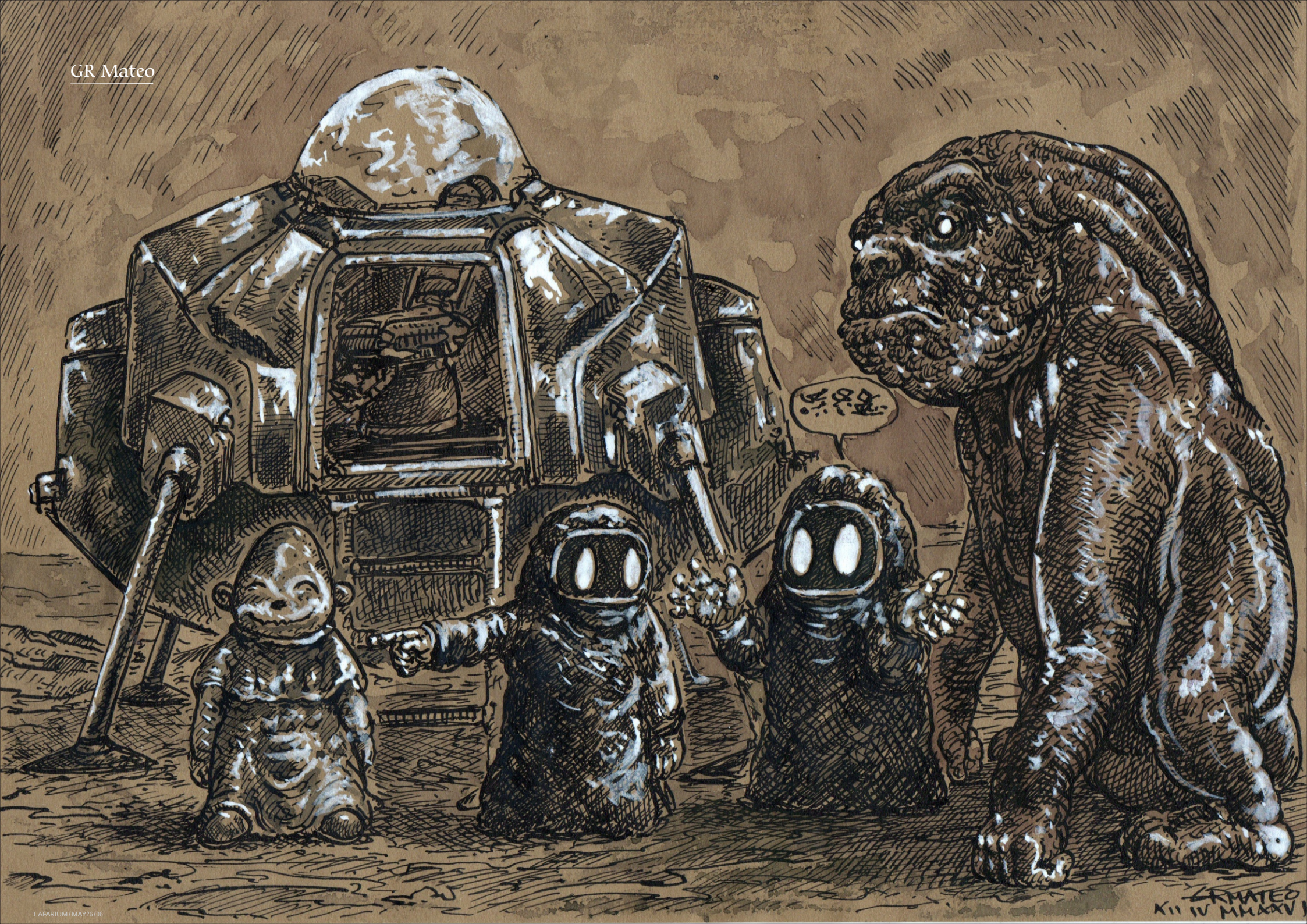
Los vecinos para no verlo le construyeron un galpón, otra no les quedaba. Lo hicieron de chapas, redoblando el tamaño de la cosa rara, mala, maldita. Taparon su figura y se acostumbraron a que, cuando pasaban por lo de la Ñata, estuviera de fondo esa estructura tosca en donde podían entrar diez espigadoras, quince tractores, veinte camiones y sus acoplados juntos, y que desentonaba con las construcciones del barrio: casitas de colores pastel y ladrillos, canteros de flores silvestres, establos.

Y un día, así como vino, esa cosa desapareció. Nadie la vio irse, la Ñata, por supuesto, tampoco salió, y el galpón que tanto esfuerzo de los vecinos había llevado, quedó, como la casa, vacío.

Paté Crudo



GR Mateo



MANCHAS
Gabriel Juárez

Manchas de semen en el alma.

Manchas de abusos en los cuerpos.

Manchas que no se lavan.

Manchas que manchan.

Manchas golpeadoras.

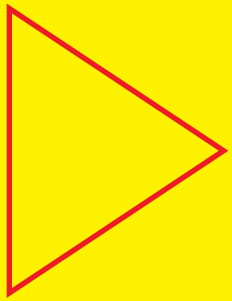
Manchas cobardes.

Manchas sin inocencia no saben jugar.

Manchas mentirosas saben matar.

Manchada mancha, no quiero jugar.

Roberta de las Praderas



PÍCNIC
Julieta Manterola

Comimos y bebimos junto a las tumbas.

Era una noche de luna llena.

Manzanas y un poco de vino sobraron.

El mármol y el bronce resplandecían.

Nos acostamos sobre el pasto.

Todo estaba en calma.

Espíritus volaban entre los árboles.

Recorrió mi cuerpo con su boca.

Introdujo su lengua en mi sexo.

Oscuridad y devoción fueron sus regalos.

Fabián Arnaldi

MAGDALENA
Matías Bragagnolo

Afuera atardecía. El viento traía olor a madera quemándose. Miré al horizonte, hacia el norte. Una columna de humo se levantaba muy detrás de los corrales de las cabras.

Corrí, dejando atrás los límites de las tierras paternas, adentrándome en lo que era por entonces todavía territorio del gobierno. Siempre acercándome cada vez más al humo, subí por la ladera muy poco empinada de la loma que me impedía ver el fuego.

Llegué a la cima cuando el último rayo de sol se apagaba en el horizonte, después de haber notado que mi madre me estaba siguiendo. Todavía nos separaban varias decenas de metros.

La fogata era grande, con leños largos, acomodados como si de una cama maciza y sin patas se tratara. Abrazado por las llamas, estaba el cuerpo de Magdalena, acostado boca arriba, con una de las rodillas flexionada hacia el cielo. Ya había empezado a carbonizarse, en medio del halo de luz roja que alumbraba el semblante apenado de mi padre. Sostenía las manos a los costados de su pantalón, tiznadas, con los dedos apenas contraídos. De fondo, las grises montañas que nos separaban de Bretaña.

Pude presentir la cercanía de mi madre, a mi izquierda. Sentí su mano en mi hombro, con el brazo rodeando mi espalda. No podía verla, como ya tampoco podía ver a María o a mi padre. Detrás de la cortina de lágrimas, solo el atardecer azulado y el manchón ígneo.

Sentí su sien sobre mi hombro. Ni siquiera tuve fuerzas para sacudirme y alejarla de mí. ¿Para qué, ahora que todo estaba perdido?

Entonces habló. No había ironía ni burla en su voz.

“'Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer'. Es eso lo que dice la Biblia, ¿no es verdad?”.

Pude notar en sus cuerdas vocales cómo la vejez empezaba a pisarle los talones. Aunque no era un tono lastimero: más bien se asemejaba a una afrenta. Pero yo no iba a contestarle. No creo que estuviera esperando mi respuesta, de todas maneras.

“¿No te parece el acto de crueldad más grande que se pueda imaginar? Que la misma persona que cuando no podía valerse por sí misma fue alimentada por su madre con la leche que salía de sus pechos, años después, la abandone para

siempre. Sin el menor remordimiento".

No podía verla bien, seguía mirando hacia adelante y mis ojos todavía estaban inundados, pero pude sentir cómo negaba con la cabeza.

"No, no, no. Eso nunca me iba a pasar a mí. Me lo prometí el mismo día en que supe que te tenía en mi vientre. Carne de mi carne, hijo mío. Mamá nunca va a dejar que una mujer rompa tu corazón".

Lorena Pinasco

La discusión estalla cuando le dice a su madre que era una hija de puta. Queda en silencio, aguanta el odio. La garganta le aprieta, las venas del cuello laten, siente un odio fuerte abajo del pecho. Su madre lo mira fijo, él no puede soportar la angustia. Grita. Lo primero que tiene a mano fue es cenicero lanza con bronca hacia el mueble. Golpea directo a la urna de cerámica con los restos de su padre. Cuando toca el suelo se parte.

Lo que hay no son cenizas. Un hombre diminuto, desnudo y famélico emerge de los restos polvorientos.

–¡Ella no es tu madre! –exclama, desesperado.

–¡Papá!

El hombrecito trata de correr, la mujer alza su pierna y lo aplasta. Los huesos de su padre se rompen, la sangre brota debajo del zapato.

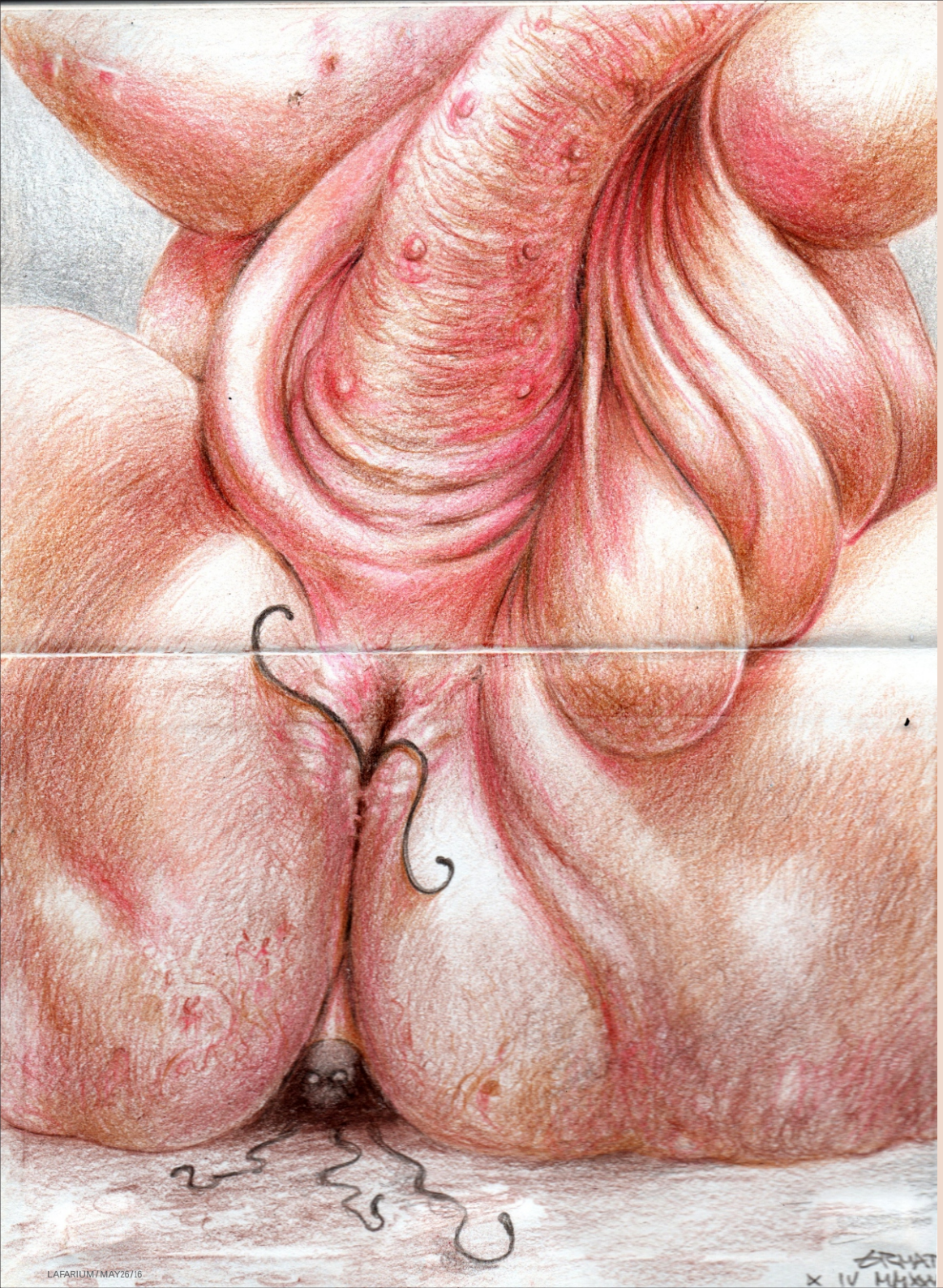
No, eso no es su madre.

¿Dónde está mamá?

Esa cosa se arranca la piel de la cara y la carne se deja ver, él quiere salir.

La puerta está trabada.

Ella se acerca mostrando los dientes filosos, abre la mandíbula hasta que los labios se rompen, la boca crece y crece, puede comerlo de un bocado y así lo hace. Lo saborea con la lengua hasta escupirlo adentro de un frasco. Ella cierra la tapa y se relame con su gusto, golpea el vidrio con sus uñas, le guiña el ojo y lo guarda en un cajón.



LAFARIUM 7 MAY 26 16

GR Mateo

TE LO PIDE Y SE QUEJA
Juan Sirro

Qué lindas tetas tenés. ¿Te sorprende que te diga eso? Vos me buscaste por *Whatsapp*. Y acá estoy: metiéndote la pija por el culo, lo más adentro que puedo. ¿Te duele? Bueno, me alegra; no pienso parar.

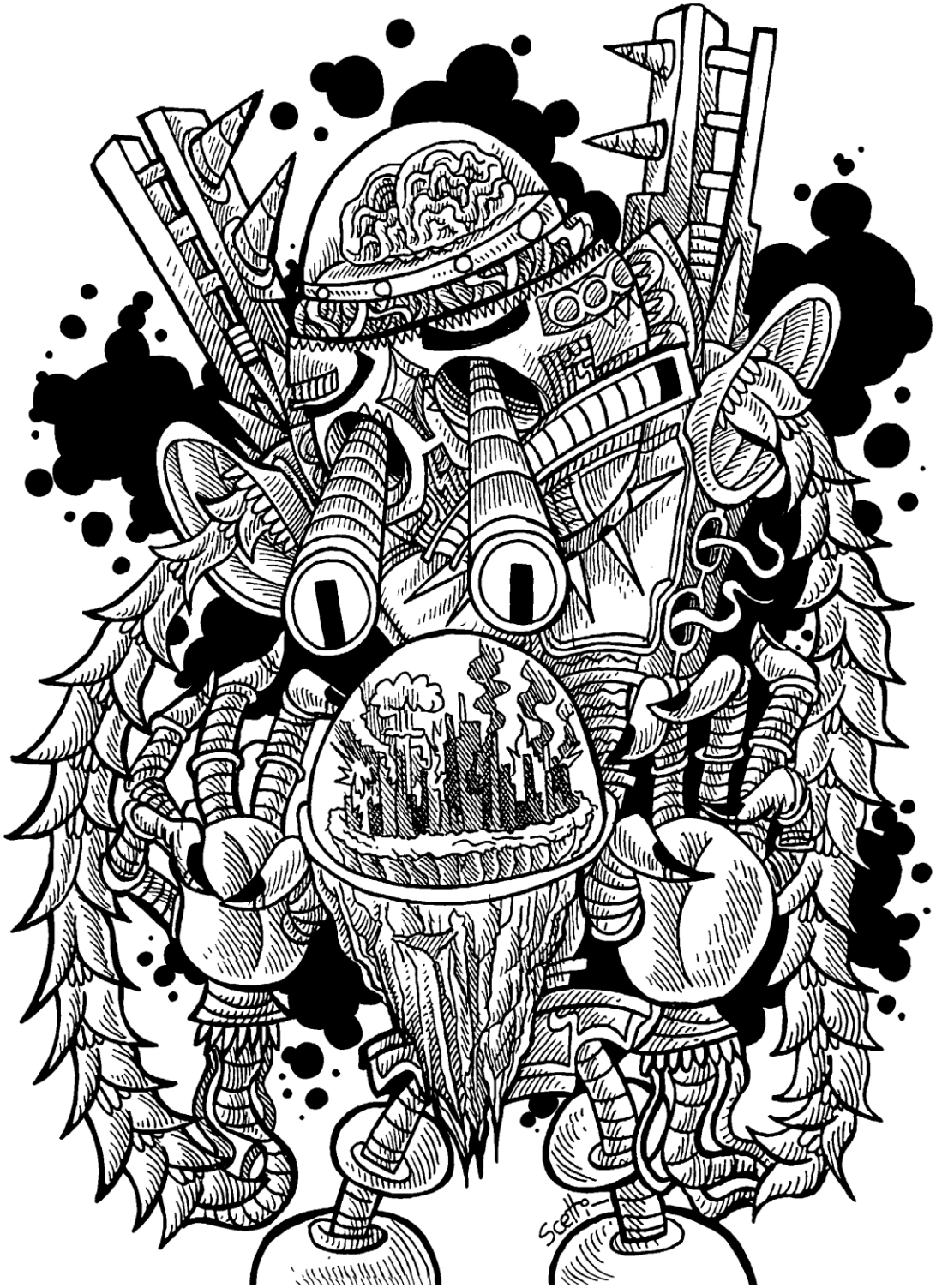
Tu sangre es oro / Golondrina de mil flores / Fauna negra sin luz

Escribo poesía suave en m cuaderno, mientras viajo en el 80 hacia Colegiales, para tomarme otro colectivo (el 168) y luego tren, así llego a mi trabajo en el supermercado oriental "Argen-Chino-Dos". Qué gran nombre.

A la cajera la tengo fichada hace mucho. Chinita linda, flaquita, con pelo Carré. Le voy romper el orto en el depósito, cuando el hijo de puta de mi jefe no esté. Le voy a acabar adentro y luego que me chupe los huevos.

China atorranta. Como las demás. Son todas iguales. Por eso me buscan. Por eso me desean.

Paté Crudo



Agustín Scetti

Diego
ARANDOJO
Guión

Nuevo Matrimonio

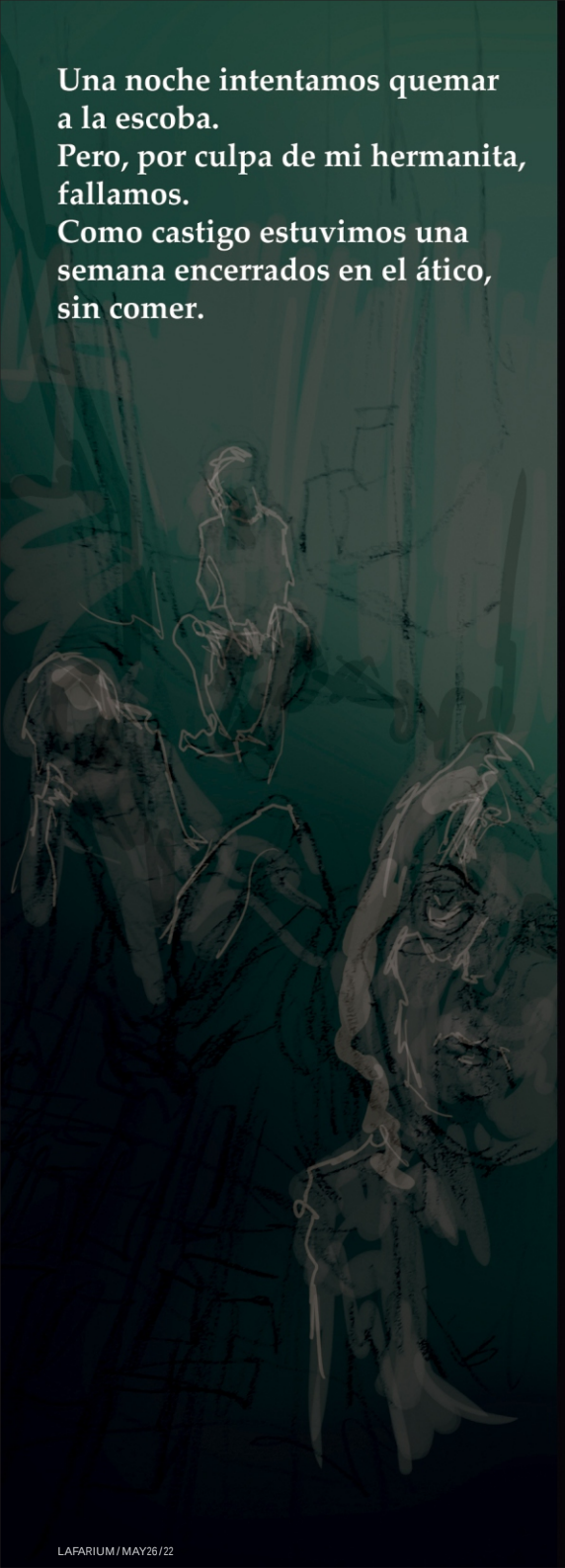
Andres
CASCIANI
Dibujos

Ayer mamá se casó con una escoba.
Nos negamos a aceptarla como padrastro.
"Es mi amor y será el de ustedes", concluyó nuestra madre.

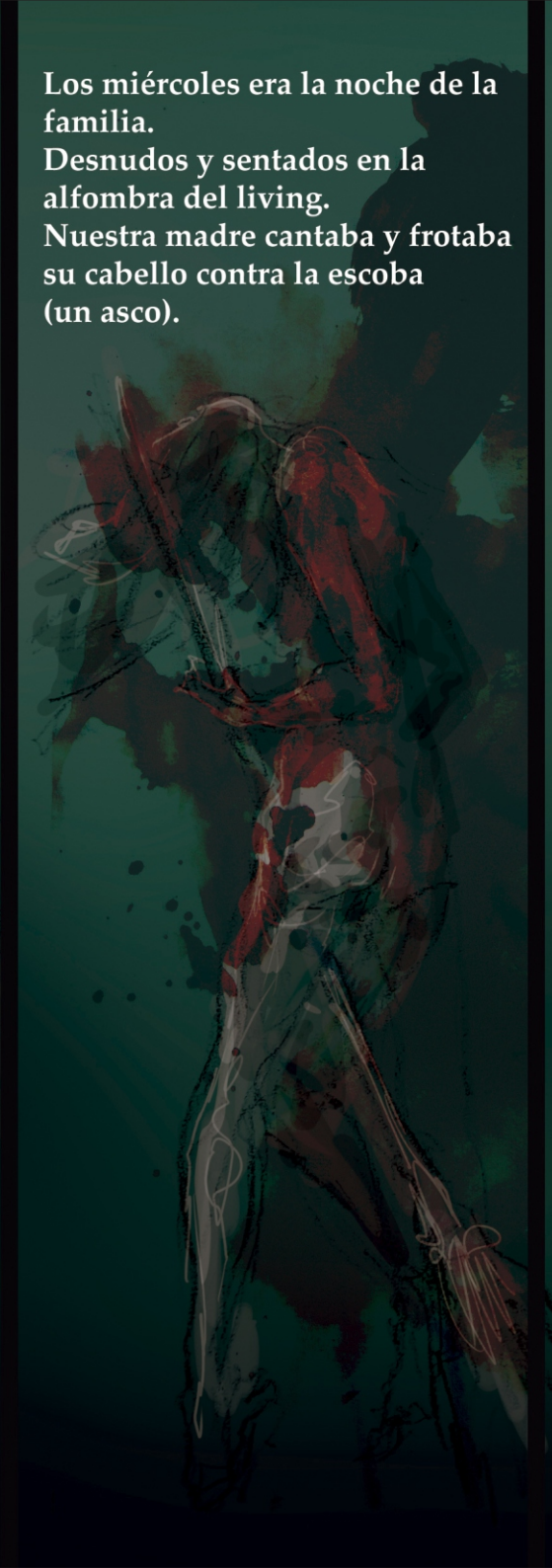
Día por medio había que besar y lavar a la escoba.
Todo se hacía de acuerdo a un preciso instructivo.
El menor error conducía a una paliza.

"Díganle papá. No padrastro. Su anterior padre fue un sueño que se evaporó", expresó mamá.
Estaba borracha y hacía tres días que no se duchaba.
La escoba estaba a su lado, silente.

Una noche intentamos quemar a la escoba.
Pero, por culpa de mi hermanita, fallamos.
Como castigo estuvimos una semana encerrados en el ático, sin comer.

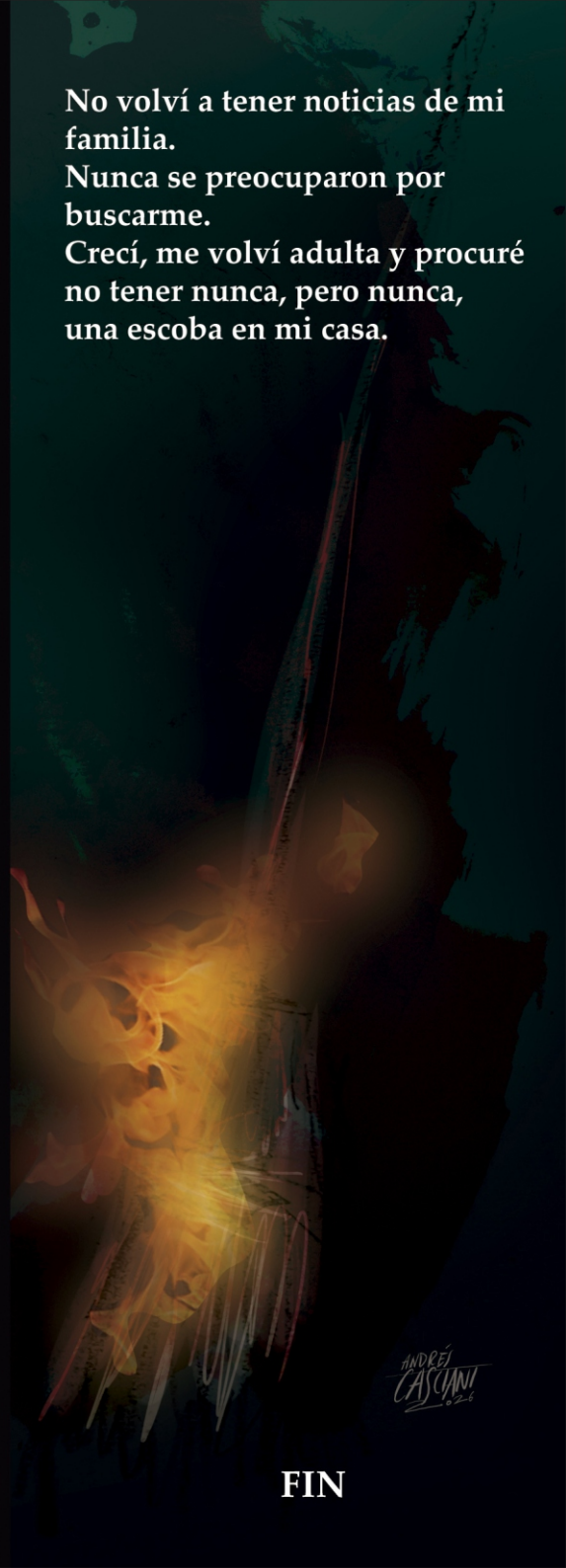


Los miércoles era la noche de la familia.
Desnudos y sentados en la alfombra del living.
Nuestra madre cantaba y frotaba su cabello contra la escoba (un asco).



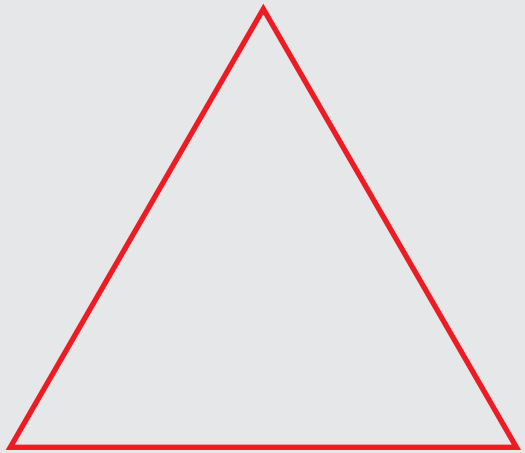
Decidí irme de casa.
Me costó tomar esa decisión.
Pero, después de planificarlo, lo logré.

No volví a tener noticias de mi familia.
Nunca se preocuparon por buscarme.
Crecí, me volví adulta y procuré no tener nunca, pero nunca, una escoba en mi casa.



FIN

Marcelo Mosqueira



Los anteojos

El periodista era diminuto. Casi *enano*; mejor dicho, casi *gente pequeña*. Lo que no tenía de pequeño era su ambición. Se llamaba Ronny Burelo. Vivía en las afueras de Nueva York, hacia el año 1919. Tenía una boca ruda. Sabía usar las palabras; manipularlas para su beneficio comercial. Vestía de riguroso traje negro.

—Voy siempre de luto —se mofaba ante sus compañeros del periódico *New Days*, del cual era reportero.

Pues aquel pequeño sujeto siempre conseguía buenas noticias. Conocía al dedillo el barrio y a sus habitantes. Incluso si no obtenía algo novedoso, no dudaba en generarlo.

—Informar no. Jamás —explicaba a una camarera blonda y suculenta que le administraba café—. Entretener sí. Los periodistas entretenemos de una forma más barata que el cinematógrafo.

Poco antes de la navidad, Nueva York sufría una de las peores nevadas de aquel siglo emergente. Los copos eran gigantes e irritantes; las personas se movían como podían por las calles. El hedor de la Gran Guerra todavía llegaba desde Europa, a través de los barcos colmados de inmigrantes.

—Me dan asco —se decía Ronny, encendiendo un cigarro.

Más que repugnancia era resentimiento familiar: su padre, Ornaldo Burelo, había llegado desde Bélgica. La sangre belga le molestaba, pero no tenía otra opción que dejarla fluir en sus venas. Creía que su vida jamás iba a cambiar; que todo permanecería intacto, sin cambios.

Mientras se rasuraba ante un espejo oblongo, notó algo extraño cerca de la ventana del cuarto de baño. Era algo oscuro. Se lavó la cara y se dirigió hacia la ventana, abriéndola. Una friolenta ventisca atacó su pecho desnudo.

—¿Y esto? —se preguntó, descubriendo un par de anteojos apoyados ligeramente contra el vidrio.

Eran bastante antiguos, de bronce. Ronny descubrió que tenían algo tallado. Unos caracteres. Los leyó:

—*Animadverto mortuus hora*… ¿Qué significa?

El latín no era su especialidad. Pero, como estaba apurado, guardó aquellos anteojos en el bolsillo de su pantalón y terminó de cambiarse.

Veinte minuto después: corría velozmente a través de un callejón, esquivando cestos de basura y la inacabable nevisca. Perseguía a Mark "Claws" Rogers, afamado estafador,

atrapado *in fraganti* mientras asaltaba una tienda. Ronny iba acompañado por un policía.

—¡Alto, o disparo! —anunció el oficial.

El criminal desestimó la advertencia y ofreció a cambio una lluvia de tiros generada por sus dos pistolas. Los proyectiles fueron suficiente motivo para detener, aunque sea un instante, la persecución. Reportero y policía se escudaron tras unas gigantescas cajas.

—¡Maldición! —se quejó Ronny. Sentía que su corazón le iba a explotar.

Cuando dirigió la mirada hacia el ya distante "Claws" Rogers, su visión pareció nublarse. Tenía algo. Se restregó los ojos sin poder quitar un manchón negro que surgió en su visión.

—Hey, ¿estás bien? —le preguntó el oficial.

—Sí… Continúa tú… Yo… voy luego —respondió el periodista.

El efectivo se retiró rápidamente. El pequeño hombre sentía un dolor acuciante en sus ojos, que se sumaba a una jaqueca inminente. El manchón se expandía. Recordó los anteojos: metió su mano en el bolsillo del pantalón. No dudó en ponérselos. Quizás servirían de algo.

En cuestión de segundos recuperó la vista. Ronny quedó pasmado. No comprendía nada: ni el súbito manchón ni la también súbita recuperación.

—¿Qué está pasando? —se preguntaba, sin encontrar una respuesta lógica.

Avanzó unos pasos. Se escucharon disparos, reverberados por la pequeñez del callejón. La nieve seguía molesta.

—Ya lo debe haber atrapado —supuso el reportero, sacudiéndose su traje, lleno de copos.

Caminó hacia la salida de aquel lúgubre espacio, pero se detuvo ante una lámina metálica, la cual reflejaba su imagen. Una suerte de espejo natural. Cuando observó su cara, notó algo particularmente extraño. En cada pómulo tenía escrita, o cincelada, una cifra. Números que parecían indicar algo que, en un primer momento, desconoció. Se frotó la cara creyendo que se borrarían. Pero no. Lo intentó un par de veces más.

—No comprendo.

De inmediato escuchó una corrida próxima a él. Algo lo empujó con violencia contra un muro. No llegó a quejarse porque dos disparos atravesaron su garganta y pecho. La sangre salió desparramada, enrojeciendo lo blanco de la nieve. Los anteojos saltaron hacia un costado.

El pequeño se derrumbó sobre sí mismo. Faro humano zampado por la oscuridad.

—¡No! ¡Ronny! —gritó el oficial de policía, mientras guardaba su humeante arma. Al mismo tiempo, "Claws" Rogers obtenía la porción de tiempo para escapar definitivamente.

Antes de cerrar los ojos para acceder al más allá, Ronny Burelo miró la hora en el reloj del policía. Era la misma cifra que tenía pintada en su propia cara.

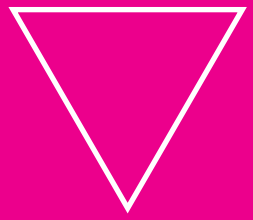
Quiso hablar. Movió los dedos, intentando que su dedo índice señalara aquellos anteojos que poseían un don inesperado: acaso conocer la hora en que uno va a dejar este mundo.

La muerte terminó de despachar al pequeño periodista, ególatra de profesión.

Antes de que los médicos retiraran el cadáver, el policía encontró los anteojos. Los limpió y guardó en su chaqueta. Otra cifra estaba a punto de ser develada. Otro momento en el cual el universo se detendría para mostrar uno de sus secretos.

Historia de Diego Arandojo

Dibujos de Perarduo Ad Astra



Emiliano Raspante

MURCUINDILLO

Gladys Cepeda

Bajo la enorme luna anaranjada, un anciano del pueblo contaba: "El Murcuindillo vive escondido debajo del piso, pero de repente sale de agujeros. Es considerado de mal augurio; si se cruza por delante de alguien, lo enloquece porque le hace tener visiones y pensamientos horrendos, cuanto más haragán o malo sea, como una pesadilla de eternidad. Cuando hay eclipse, hacen ruidos que atraen semillas de plantas venenosas y todo se vuelve desierto. También asustan a los solitarios en la niebla, porque sus ojos brillan".

En cambio, otros dicen que son buenos, porque encuentran piedras valiosas en lugares abandonados. Para los mineros es de buena suerte llevar una pata de ellos, o protegen a los niños de espíritus chocarreros cuando intentan asustarlos.

Así concluyó la leyenda, mientras se alejaba la luna y todo se iba oscureciendo.

Ian Mora

Paté Crudo

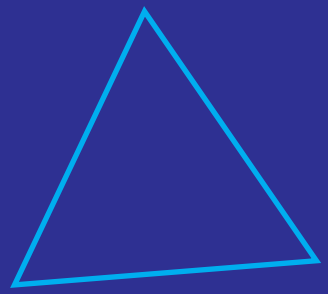
LA VOZ POÉTICA

Mariela Puzzo

La voz poética solo puede lograrse a fuerza de insistir en la tensión y el ritmo, la sonoridad y la forma. Los versos se encadenan creando una atmósfera perceptible pero extraña, poco común. La lectura del poema no se vuelve de repente traducible, aunque esté formada por un lenguaje comprensible.El desierto es el primer paisaje donde el poema se expande y se transparenta. No se escribe lejos del desierto; se escribe en un paisaje árido que solo puede ser habitado por la vigilia del poema que nace y muere en el desierto. El desierto es vasto y pleno; solo está habitado por silencio.Las imágenes nacen en el desierto, resplandecen y se agitan en busca de significado, conexión, unión.La voz se sumerge en el océano de arena, sin eco: voz de silencio, hueca, vaciada de ruido exterior. El verso bebe de la fuente del lenguaje; se trazan las primeras líneas, las marcas de la erosión del tiempo. Cada huella es una voz que profundiza el nacimiento del poema. Él se da a lo inevitable, a lo inefable; trasciende toda intención y pretensión de escribir. El poema nace del silencio y vuelve a él; muere en él.La poesía puede hablar hasta el infinito y, a la vez, se sustrae de su propia esencia. Es el paisaje íntimo de un mundo aparte que no se aleja de los problemas existenciales: los abarca y los revela necesariamente, pero además el poema toca todas las zonas del ser. Es una página abierta que se vuelve instante eterno, trascendencia y eternidad; este es su efecto mágico: inserta al poeta en su realidad más profunda y más vívida, revelando su propia humanidad. El poeta no puede negarse a ver en sí mismo sus propias contradicciones, su incongruencia y la de los demás. Por tanto, el poema es revelación, aceptación de las vulnerabilidades, registro individual y colectivo de la humanidad.El poeta va en busca de esas transparencias que muestran la realidad desde su fondo más oscuro. Se busca a sí mismo, pero también se oculta en las palabras que lo escriben. Escarba en las zonas críticas con valentía para encontrar la literatura que vive en sus palabras, en las acciones y decisiones que toma frente a cada verso.Cuando las palabras del poeta no están encarnadas en su propia vida, la poesía no respira, no vive como cuerpo, como tiempo o como alma: es solo artificio. El cuerpo del poema es la carne y el espíritu de la vida

humana. El cuerpo de los dolores, de la pérdida, de las desgracias y la muerte, pero también de la belleza, la imaginación y lo sagrado. El poema es el cuerpo de lo sagrado.Es importante entender que las imágenes que forman el poema no son visiones aisladas; aun en su desestructura poseen la estructura precisa de su esencia. Solo puede accederse a este lugar de símbolo desde la verdad del poeta.El poema no miente; a lo sumo, la calidad no muestra lo suficiente para fundirse en una esencia única: su cuerpo y su espíritu. En todo caso, será la habilidad del poeta la que determinará la verdad de ese poema o el grado de verdad y artificio que ese poema alcanza. Un poema verdadero no adorna las imágenes con un lenguaje vacío o artificioso, sino que su entramado solo pide la veracidad de sus palabras. El tono del poema es su tensión, su gravedad existencial. Cuanto más el poema se alinea con cierta verdad del poeta, más crece la tensión y la vida en cada línea. Un poema refleja la figura del poeta que lo crea en toda su integridad; cuando nace, ya fue escrito en la conciencia de quien lo encuentra. Por eso el poeta vive en el poema, pero también muere en él. Vive, respira, tiene cuerpo y espíritu, parte de lo humano que nos completa y nos refleja como totalidad. Los poemas no son fragmentos, sino caminos para acceder a esa totalidad que es el libro del ser.La voz poética se revela en ese cuerpo o esa figura que toma forma en la sombra y se vuelve visibilidad. Su realidad se revela por la acción misma del lenguaje, por su interpelación, por su verbo creador. La identidad de esa voz no se forma únicamente de la vida del poeta o del sujeto de la poesía; se construye ladrillo sobre ladrillo, poema tras poema, luego de haber despejado cada capa de alma: lenguaje identitario que está alimentado y sostenido por su propia aparición, por su búsqueda y por el encuentro feliz que transforma la vida del escritor en imagen, poesía, voz y sustancia, búsqueda inefable de sentido.La poesía es iniciación, ritual y magia que transforma la idea que tenemos del mundo. El mundo de la escritura no es un mundo aparte; está formado por las partes oscuras del mundo visible, las transparencias de lo invisible, las sombras y los lugares difíciles de hallar en la conciencia común del lenguaje como tal. Lector y escritor se dan cita en un lugar en común: la poesía, unión y reunión de las almas que alcanzan su propio significado de existir, propósito fundacional de todo gran poema. Cada lector del poema se acerca, tímidamente al principio, buscando esa vibración que le revelará su propia visión del mundo y su realidad interior; así, dos mundos se conectan y se vivifican, se alimentan y se sostienen creando su propio lenguaje. El lector recrea dentro de sí el poema que lo revela y lo eleva, transformando su conciencia de ser. Por esto, la lectura de la poesía es siempre recreación.El poema se lee en el vacío; se suspende de ese mundo onírico que lo lleva a descender a los infiernos del ser y lo eleva a un mundo que no está formado únicamente de la realidad exterior, sino que nace de la participación de una realidad mucho más profunda, individual y a la vez colectiva. El lector comienza a vivirlo en su propia vida; las palabras le hablan de su sentir, de su propia visión del mundo y lo interpelan a crearse con él. Por eso la palabra del poeta se vuelve impersonal, porque no solo es realidad interior, sino que también vive en los ojos que lo

revelan. En este punto, la voz poética se vuelve colectiva, así como un sueño que puede ser soñado y creado no solo por el soñador, sino por el poema que trasciende al poeta y se convierte en creación universal, más allá del tiempo y el lugar en que ha sido creado: inconsciente colectivo puesto al servicio de la cultura universal, patrimonio de la humanidad. A partir de aquí, la lectura se vuelve revelación de un símbolo que puede vivir en la conciencia de todos. La lectura se transforma en acto creativo; el lector es, de alguna manera, el poeta que recrea ese poema escrito para sí mismo. El lugar del poema gesta la unión más íntima entre el texto escrito y el texto leído.Es necesario salir de la comodidad de querer entenderlo todo. La escritura no debe ser parte de una operación; no se alcanza la soberanía del poema solo con el racionalismo crónico de querer justificarlo o traducirlo. Él se ofrece en su página de misterio y dignidad, que se nos presenta como una gracia capaz de ser contemplada como una de las bellezas más plenas del ser humano. Pensar que esta gracia puede ser profanada por cerebros calculadores, por falsedades, es desconocer la potencia de todo poema. El poema se construye lentamente, con la paciencia del alma verídica que lo espera. Gestar el poema es haberlo previamente interiorizado. El poeta cree en la magia de la poesía porque siente todo tan crudamente que convierte esa experiencia en una batalla incesante entre la belleza, su mundo interior y la crudeza de su propia vida. En momentos críticos, la poesía es un oasis que permite expresar verdades que viven arrasadas por las penas más hondas, por los grandes desafíos. El poema convierte al poeta en virtuoso, máxima expresión del alma.El poeta pertenece a los despiertos: los que viven no solo vigilantes de su propia vida, sino los que descubren en las esencias el espíritu que las habita.Hay una complejidad creciente en la lectura que trasciende tiempo y lugar. Cada poema que se enciende y resplandece a los ojos del poeta es una llamada a la propia alma a habitar páramos, desiertos y bosques, ríos, océanos y caminos. El ruido sigue afuera, mientras una respiración jadea; un susurro interior se transforma en la vida del poema.El poeta no es inocente; ha sufrido lo suficiente para ir en busca de esa llamada del lenguaje y encarnar vivamente ese cuerpo y ese espíritu poéticos. El poema es el lugar donde habita la sombra, las transparencias de la luz y el deseo. Es una respuesta a la nada de los días que se derraman como calor en las mentes que sueñan despiertas. Es el inicio y el final del camino que lleva, como el hilo de Ariadna, a luchar con el minotauro que vive en el interior de cada alma. Nace en soledad y muere también en la soledad del poeta que lo crea, en su fuerza y vitalidad, en su necesidad de existir y su soberanía de crear. El poema es silencio que se ofrece, amplitud siempre dispuesta a evocar nuestra identidad interior.Aventurarse a la lectura de un poema es lanzarse al abismo de sí mismo y del otro. La verdad no es cómoda, es brutal, y el poeta se convierte en el portador de su poema, parte de su cuerpo y vitalidad: espejo que refleja y encarna, visión que se eleva hasta lo numinoso, relación intrínseca con la mismidad y la otredad. Se construye desde la igualdad y la diferencia.



BRMATEO
IX IV MMXXVI

EL AMOR ES
Elizabeth Ríos

Sucio. Nuestro amor. Mi alumno de dieciséis años, yo de veintidós. Demasiada distancia. Demasiada. Pero era tan hermoso. Tan inteligente. Mucho más que sus patéticos compañeros. Además... ese bulto que se asomaba en su pantalón gris. No me dejaba dormir en paz...

Pensé en secuestrarlo. Llevármelo lejos. Drogarlo. Pagar documentos falsos, seducirlo y cambiarle el nombre.

Sé que yo le gustaba mucho. Sentía su mirada en mi cola durante las clases. Por eso, cuando estaba cerca de él, me agachaba adrede. Casi rozándole la tela de la falda en la cara.

Mientras yo me masturbaba en mi departamento, me imaginaba él haciendo lo mismo conmigo.

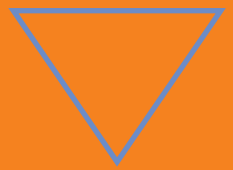
Estábamos predestinados. Eso nunca lo entendió ni su familia ni la policía.

Por eso, cuando en un recreo le declaré mi amor y él se río de mí. Le clavé el bolígrafo en la frente... No sé cuántas veces...

Ahora, en mi celda, las chicas quieren violarme de vuelta.

Pero no me importa. Porque mi mente siempre será de ÉL.

Alejandra Viviana Aranda



Fabián Arnaldi

EL JADE DE LOS DIOSES
Ricardo Esquilachi

Sucedió poco antes de que terminara de completar *La Ola Oscura*. En ese entonces vivía en un pequeño monoambiente, en la segunda planta de un edificio asfixiante. La población del condominio se dividía en dos grupos claramente diferenciados: inquilinos y propietarios. Yo pertenecía al primero y sufría la clase de desprecio y discriminación que sufren los extranjeros de países que no alcanzan el reconocimiento de la ONU. Trabajaba en una YPF que bordeaba una ruta nacional y el alquiler era lo suficientemente barato para eludir, por una vez, la miseria de vivir en un hotelucho con baño compartido.

A tres cuadras de casa había un supermercado. Igual a cualquier otro, con sus góndolas decoradas con adornos navideños de quién sabe cuándo, guirnaldas de papel crepé y carteles de cartulina con leyendas escritas con tinta indeleble. En aquel entonces, había caído en un nuevo período de alcoholismo debido a un feroz ataque psicotrónico que las fuerzas tenebrosas lanzaban desde un satélite clandestino.

El primer rincón del supermercado que visité fue la góndola de las cervezas. Siempre me consideré un sibarita y me gustaba probar nuevas marcas y cotejarlas entre sí. A pesar del magro sueldo que ganaba en la YPF como playero, apenas prestaba atención a los precios. El alcohol atontaba mis sentidos como para diluir los ataques y desviar las ondas envenenadas que el enemigo dirigía a mi cerebelo. Sin embargo, algunas noches, me veía forzado a usar aceites y un casco poliédrico para contrarrestar la maledicencia alienígena, empeñada en diluir mis células cerebrales.

Mi único día franco caía un martes. Esa noche de lunes, tenía pensado beber seis botellas de litro y hacer un continuado de películas bizarras postapocalípticas. Cuando entré al supermercado, me dirigí a un tipo delgado, sentado, en cuclillas, junto a un escritorio de fórmica. Bebía, en soledad, un brebaje color verde esmeralda. Me acerqué y le dije: "¡Seis envases, chino!" El oriental se limitó a asentir y a indicarme con su cabeza de Gato-Buda que pasara.

Me llamó la atención una pilita de libros, alzándose, en vacilante equilibrio, junto a sus pies. Como bibliófilo irredento que soy, eché una mirada. Se trataba de libros antiguos. Retorcí mi cabeza y leí los títulos de los lomos. En seguida lo supe: ¡Alquimia! Sin pedir permiso, empecé a revisar el lote. Oro en polvo. Ediciones antiquísimas. ¿Qué hacían ahí? No recuerdo todos los títulos, pero llegué a anotar algunos, como el *Mutus Liber*, en su edición príncipe; las obras de Paracelso, en una antigua edición alemana, en gótico, del siglo XVIII y, también, un *Corpus Hermeticum* que parecía ser del siglo XVI, impreso en Holanda.

Mi éxtasis no duró demasiado. El chino comenzó a berrear y a gritarme, en una lengua compuesta por chasquidos graves y agudísimos, que lo dejara en paz y fuera a por

mis cervezas. Dejó el tazón en el piso, con su líquido viscoso, recogió los libros y se alejó camino al depósito, sin hacer caso de mis ruegos. Quería saber qué carajo iba a hacer con esas gemas, pero me fue imposible darme a entender. Una oriental, que estaba en la caja, me señaló la góndola. Pero fue una decepción. No había otra cosa más que una hilera de *Palermo* de litro. Tal vez la peor cerveza jamás creada. Siempre me producía resaca y náuseas por la madrugada. Igual, me arriesgué. Por cena, me decidí por un paquete de galletitas *Criollitas*. Mi sueldo solo me permitía darme un gusto por vez. Hacía décadas que me alimentaba a base de hidratos de carbono con grasas trans. Contradiciendo la dieta de campeones que recomendaba en mis escritos.

Esa noche atonté sin culpa mis reflejos y envié a un cuarto oscuro a mi inteligencia. Medida que, por períodos, me permitía sustraerme de la locura permanente en que las fuerzas oscuras pretenden sumergirme. El yugo alcohólico no había hecho más que empezar, por lo que en los días subsiguientes me acerqué al mercado con más envases hasta agotar mi sueldo. Vómitos, resacas y un continuo malestar fueron el precio que debí pagar por el olvido y el devaneo permanente en que me imbuyó el hidromiel de los pobres.

Al chino y su tazón mágico volví a verlos en circunstancias misteriosas. Lo sorprendí camino al mercado, en el estacionamiento abandonado que había detrás del depósito, junto a unos palets podridos y algunos autos abandonados. Lo vi meando sobre unos tazones que se removían al contacto de su chorrito de orina. Me pareció escuchar que musitaba alguna clase de cántico. Entonces pensé que estaba loco.

—¡Chilcanelli! —lo azuzaba cuando pasaba a su lado, pero no me prestaba atención. No parecía existir para él.

Permanecí en ese estado etílico un número indefinido de días. Sabía, muy en lo profundo, que terminada la orgía, aún me encontraría desnudo y sediento. Mi continuo atontamiento había elevado una especie de muralla de moco sanguinolento sobre los mensajes enemigos. A pesar de que, en mi yo más profundo, comprendía que estaba, en alguna medida, indefenso a cualquier ataque directo. Lo que no me arredró a continuar con mi agonía alcohólica.

Una vez más tomé la bolsa, la cargué con los seis envases y me dirigí al mercadito. Al atravesar la arcada con cartulinas y guirnaldas de papel crepé fosforescente, vi al chino alquímico. Sentado en cuclillas, con su tazón de sopa fría y verdosa. Me llamó la atención su actitud. Su cabeza estaba reclinada sobre el plato. Observé sus ojos, esas pequeñas ranuras que se abrían paso entre sus párpados hinchados, hundiéndose en las profundidades heladas del caldo con aspecto de miasma primordial y fosforoso. Como si mirara, en esa mezcla inextricable, el origen de un universo o el secreto final de la obra magna.

—¡Seis envases, Chilcanelli!

No levantó la vista, pero musitó algo que me obligó a detenerme. Las cutículas mugrientas de sus uñas se alzaban por encima del borde del tazón, sus ojos oscuros y abismales, me miraron:

—Jade…

—¿Eh?

—¿Bebe *jade*?

Me pregunté qué había querido decir. Por un momento, no pude reprimir un espantoso sentimiento xenófobo. ¿Habría querido decir "jerez"? No pude responder. El oriental apartó la vista de su plato y dirigió sus repugnantes ojos más allá de mí. Su mirada me apabulló. Pude percibir, dentro de sus oscuras pupilas, la sabiduría concentrada de toda su cultura y de todos los magos que parecían haberlo precedido en astral.

Sin acento alguno y en un castellano prístino, repitió:

—¿Bebe jade?

—¿Cómo?

—Vuelva cuando cierre el boliche. No chupe nada hasta esa hora…

Cuando volví a mi casa, me di cuenta de que había olvidado los seis envases vacíos en el supermercado. No me importó. El mensaje del chino me perturbó, por lo que desistí de mi propósito de envenenarme con cerveza *Palermo* esa noche.

Pasadas las nueve, toqué la persiana. Pocos minutos después, un oriental asomó su porra sucia por una puerta lateral. No era el chino del tazón.

—¡¡Está cerrado, puto e' mierda!! —gritó,

embravecido.

Antes de que pudiera replicarle, el condenado cerró la puerta de un portazo. Mi intención inmediata fue derribar la cortina a patadas. Toda la timidez y resquemores que me habían dominado, hasta aquel instante, se diluyeron, ahogados por la ola violenta que me provocó el desplante. Pero era noche cerrada de un miércoles, en lo profundo del conurbano, a pocos metros del gueto. Una zona cuyos habitantes semejaban refugiados mutantes de Chernóbil. Cada uno cargaba sobre sí alguna clase de hándicap anatómico. La llaga de Dios…

Pensé en las palabras del chino. "¿Bebe jade?". Recordé los libros de alquimia y me pregunté si no sería, en verdad, algún alquimista famoso. ¿Saint Germain? ¿Cagliostro? ¿O algún chino? Días atrás, había impreso, en un cíber bar, un listado de los alquimistas chinos que vi publicado en un blog llamado "Alta Magia". Como me parecieron todos iguales, desistí de trazar una hipótesis.

Antes de entrar al departamento, miré la luna: veteada de un verdor fantasmagórico. En el baño, me desnudé y me embadurné con aceite *Cocinero*. Sabía que esa técnica me aislaría de ataques externos y que mi interior bulliría de ideas. Me tiré sobre las baldosas del baño y esperé a que el satélite annunaki *Black Knight* pasara por encima del departamento.

Cuando oriné dentro del envase de *Palermo*, no estaba borracho, ni drogado. Chilcanelli me había señalado el camino. Así, en caliente, bebí medio litro de un trago. No sentí gran cosa, más que una náusea espantosa. El aceite comenzó a picarme, por lo que me di una ducha. Esperé alguna revelación de mis viejos amigos espaciales, pero no sucedió nada. Agotado, me fui a dormir. Afuera, llovía torrencialmente.

A Chilcanelli no volví a verlo. Pero, desde ese entonces, dejé atrás mi alcoholismo. La botella *Palermo* ahora descansa, bien tapada, con su media carga de elixir vesical, dentro de una alacena. Como los buenos vinos, la micción solo mejora con el tiempo. A veces, cuando guardo algo en ese mueble, me topo con el envase y lo miro. Las tinieblas de la hornacina no alcanzan a ocultar el germen primigenio que se cuece dentro de ese alambique retornable. Su color aceitunado revela su cualidad secreta de gran obra y de misterio supremo.

Roberta de las Praderas

Tinta Cruel

¡BRINDAN POR ESO!

Pablo Katzin (Fritz Sol)

Se encontraron en un bar mientras las ventanas lloraban la pena de los cielos. Cotejaron sus expectativas en un silencioso mirar, jugando a callar, sintiendo sus pasados en el tocarse de sus dedos. ¿Qué hacer? ¿Cómo regar el futuro si el mundo se cae a pedazos?

¿Qué es el amor en tiempos de guerra sino un seguro desplante del destino? Jugaron a ser dioses y aplastaron la congoja del después.

Mientras afuera Thor hace sonar su martillo, dentro, y equilibrando, canciones de pop francés empalagan el lugar. Fuego y hielo.

Como jinetes del pensar, un grupo de jóvenes, "la cofradía", observaba los gestos de una anacrónica pareja. Vestían como los de antes, decían. Él, de traje, con levita y bombín, y ella, con corsé. Él se parecía a Johnny Depp y ella tenía cara de Scarlett Johansson.

Debatir en tiempos de crisis es un arma de doble filo. Y las paredes oyen.

Ese que parece un *skinhead* es un espía disfrazado de carta robada para pasar desapercibido vistiéndose de obvio. Los cofrades ya lo reconocieron y lo bautizaron como Poe y, referenciándolo de esa manera, se van cuidando de las palabras que vierten en cada diatriba. "Guarda que Poe nos mira", "un poco más bajo, que Poe hizo acto de presencia"…

Casi siempre está sentado solo, absorto en sus pensamientos.

¿Qué es elegir sino ser esclavo de la líbido? Brindan por eso…

¿Y qué es la libertad sino un eufemismo del obedecer? Brindan por eso…

Las tropas del silencio visten de gala a otros solitarios parroquianos que ahogan sus pesares en lo más cercano al hidromiel que les permiten sus flacos bolsillos.

No se sabe si las lágrimas que asoman en los ojos de uno de ellos es por su tristeza o por el humo que a veces irrita las mucosas oculares. ¿Qué pensará ese que parece Gardel devenido en *dark* y escribe? ¿A qué o a quién irán dirigidas la ponzoña de sus letras? ¡No para de regar con tinta sus papeles viejos como papiros!

Un chico de crestas, una *darky* y uno de "civil" en cacofónica tertulia. Un atento escuchar de sus diálogos sugiere que quien en apariencia descontextualiza no es más que un iconoclasta que cuestiona la rigidez del uniforme y lo acartonado de ciertas poses y temáticas. Al fondo, como flashes, se percibe una orgía de (en principio) palabras. Rojos pelos subyugantes y cuero en los ropajes.

Pensativa, la camarera *siouxie* contempla; espera no solo el respectivo pedido, sino que le pidan lo que ella siempre quiso dar.

Una pantalla, la que antes regalaba canciones de pop francés, ahora nos acusa de viejos mientras cantamos, como si fueran estrenos, canciones de los Ramones, Los Brujos y demás especímenes de una dorada época ya extinta.

Un cofrade borracho asegura haber visto un fantasma subir las escaleras, provocando la abrupta caída de uno de los cuadros que decoran el lugar.

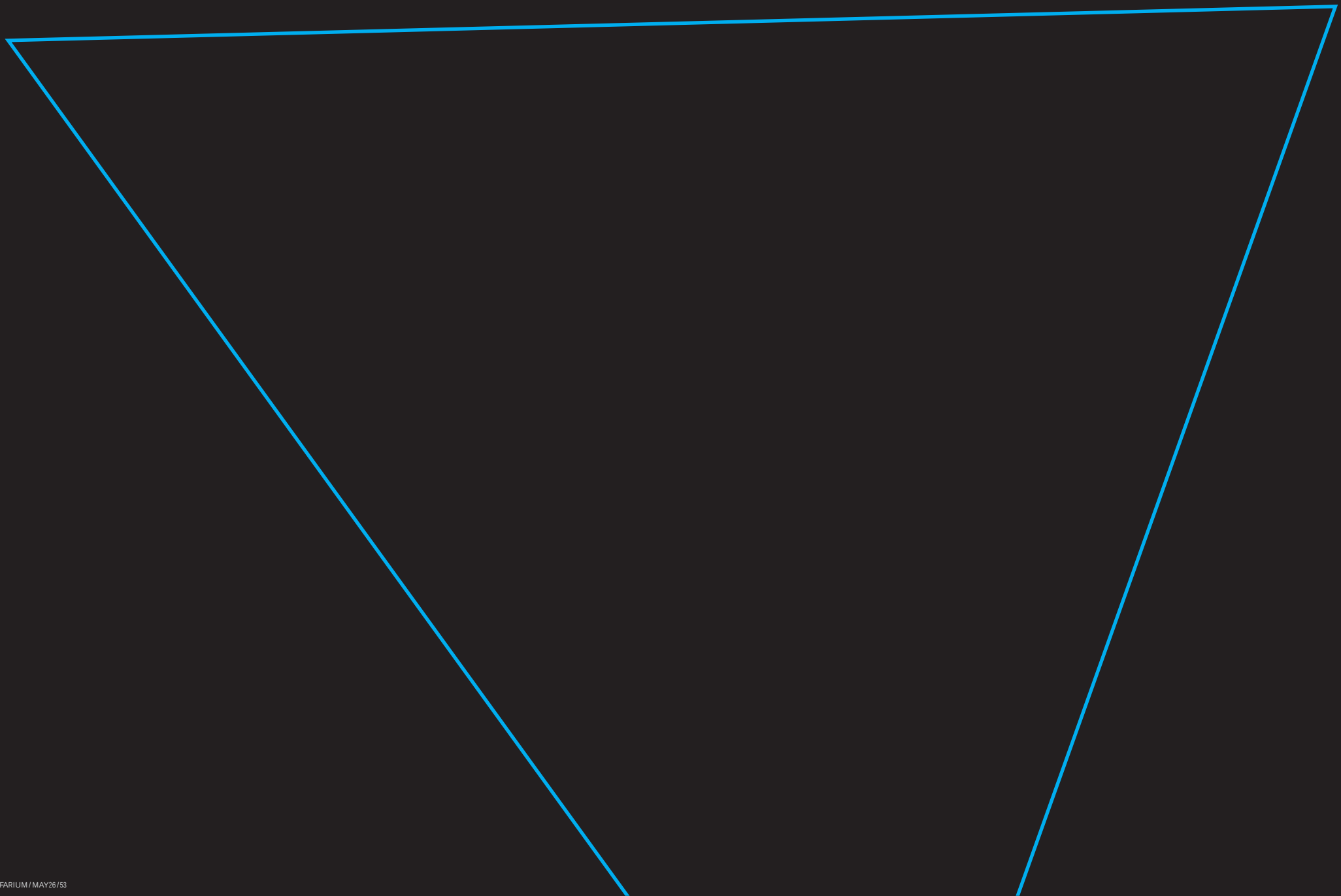
Las voces entremezcladas hacen su juego y promiscuamente se confunden unas con otras. ¿Qué dicen todas las voces juntas? Hay un metadiálogo cuyo significado entre líneas revela

el sentido de las cosas, las cuales, desnudas, gozan de la libertad de solo ser.
Hay risas por la jocosa irrupción de la siempre inoportuna pregunta de la edad: "¿37 tenés? Nahhh, ¿más? ¡¿Tenés más?!". "Sí, ¡53!", la lacónica y mentirosa respuesta del interpelado.
La cantina cobija en su pétreo y silencioso devenir a quienes eligen ir por la senda de la oscuridad.
Sin más sentido que el de estar, acompañar y conocer, la noche ofrece un inocente tour por los distintos estadios de nuestros volátiles humores.

ESCUCHE, GÓMEZ...
"EL 90% DE LAS COSAS QUE NOS PREOCUPAN JAMÁS SUCEDEN"
YO VENÍA POR UN AUMENTO
POR ESO
IAN MORA

Ian Mora

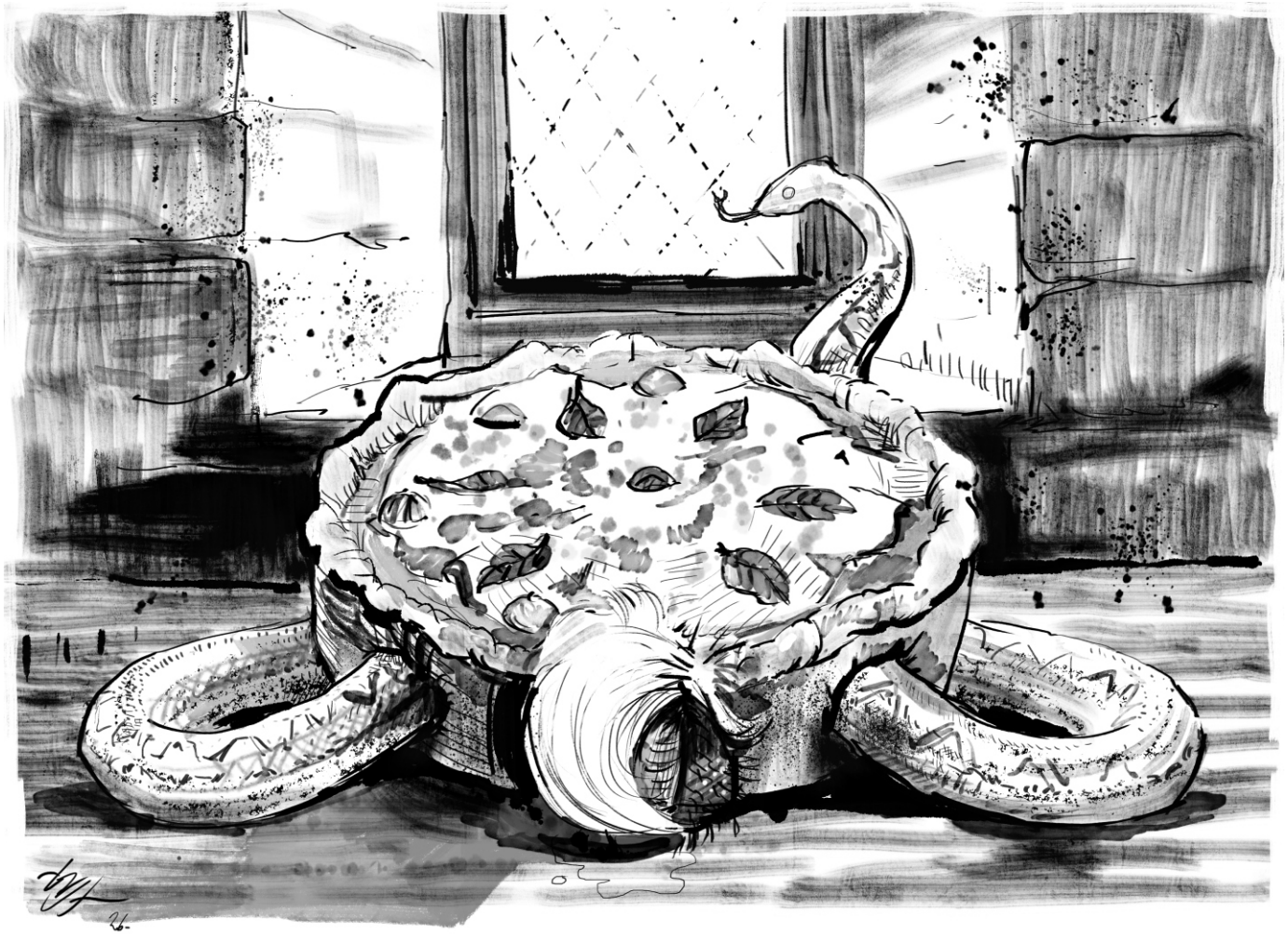
Eugenio Led



LOS ANIMALES IMPROBABLES
Arte / Emiliano Bellini
Texto / Diego Arandojo

1.

Un conejo con las orejas para adentro, cuyos dientes afloran de los pies. Su pelaje es dorado; ojos negros y viste de cuero. En Dinamarca se lo caza y hierve en agua de retrete. Es un manjar para ricos.



2.

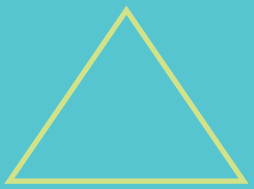
Parece una tarta de jamón, queso y albahaca. Dos extremidades similares a víboras. Un mechón de cabello blanco cubre sus partes nobles. En Suecia se le rinde tributo como "ángel parco y poco milagroso". No se puede comer su carne, pues se la considerada sagrada.

3.

Tres pelotas grises, unidas por cartílagos. Pezuñas peligrosas. Un aro de básquetbol a modo de cráneo, diminuto, auspicia nueve brazos delicados, “de pianista”. En Noruega se lo atrapa con red de seda y es cocinado con patatas fritas y huevos crudos.

4.

Un riñón dilatado. Manos de recién nacido. Ojos de anciano y boca de fumador. Tiene vello por dentro y se arrastra, ataviado de seda roja, durante la madrugada. Los holandeses lo consideran una maldición: si se cruzan con uno de ellos, se santiguan la cola.



DIEGO OLLERO, Dr. Clock

Entrevista: Gladys Cepeda

¿Cómo fueron tus comienzos en la escritura?

Mis comienzos en la escritura fueron en el año 2003, pero ver un fragmento del mundo de la poesía fue en diciembre de 2002. Acababa de terminar la secundaria; soy de la generación del videojuego, un vago en los estudios. No sabía bien a qué me iba a dedicar (algunos lectores saben a lo que me refiero): joven de 21 años que quiere comerse el mundo. Ese año conocí a una persona que después, con el tiempo, descubrí que era uno de los poetas malditos de esa época: Sergio Albarracín.Me invitó a un encuentro de arte municipal en Sarandí, Avellaneda. Como no tenía otra cosa que hacer, fui. Ahí conocí a diversos lectores, escritores, actores, pintores, etc., independientes que me volaron la cabeza, y a la escritora y coordinadora de taller literario Gladys Cepeda. Me comentó sobre escritores que no conocía; yo le comenté que leía a Stephen King. Ella me mostró textos de Pizarnik, Kafka, Poe, entre otros, que me gustaron mucho.En 2003 fui a mi primer café literario con autores independientes. Llevé un escrito mío; como empezaba, era un texto como hacemos muchos: personal, “que llegué al corazón”, típico de novela de la tarde, una mierda. Allí escuché surrealistas, oscuros, sociales, dadaístas; escritores que conocían a artistas que yo escuchaba en CD. Te lo contaban como si recién llegaran de sus casas y los miraba con asombro: ¿cómo unas personas que no son muy conocidas pueden conocerlos? Eso era lo que quería.Ahí empecé a escribir poesía en talleres literarios, a leer autores y a aprender lo diverso; a ir a ciclos, instituciones. Me publicaron en revistas, gané concursos, me invitaron a

radios; me pude meter en varios lugares y tuve la suerte de estar en la última época de la diversidad, donde mi imaginación evolucionó de una manera monstruosa. Hasta el día de hoy pasé de escribir un cuento pedorro del corazón a escribir literatura putrefacta.

¿Qué temáticas te gusta abarcar en tus textos?

El tema que me gusta es el terror, pero un terror diverso: la destrucción de los universos para poder crear nuevos mundos; monstruos, pulpos espaciales, lo que mi imaginación requiera. Además, las películas fantásticas y de horror, de diversas eras —no todas, soy selectivo—, que pueda imaginar.Porque mi origen es la oscuridad, pero no macumbas ni cosas religiosas; no: es la oscuridad de pequeño, cuando te despertás una madrugada y no ves nada, solo oscuridad. Ahí tu imaginación brilla al ver sombras que se mueven, ruidos; caminás rápido al baño y salís corriendo a la cama. Ese miedo rescato: es la raíz de la imaginación para crear cosas variadas con las que me identifico.

¿Qué cambios experimentó tu escritura desde el comienzo hasta la actualidad?

En mi caso no utilizaría la palabra cambio, sino decisión. Si bien he visto y practicado variedad, tomé el camino en una sola rama: el terror y la ciencia ficción bizarra, asquerosa, llena de monstruos y mocos con tanques tóxicos. Siento que ahí tengo libertad de hacer pequeños espectáculos y una literatura que el ser humano no está acostumbrado

a escuchar ni leer. No digo que sea original ni renovador, sino que hay una destrucción: los fragmentos de palabras clásicas, presentes y futuras se encuentran en una misma hoja. Soy lector, me gusta leer, respeto a los autores; pero, a la hora de escribir, tengo que superarlos, no por ser el típico ególatra que dice "leo lo que escribo" o "soy el más lindo de la literatura", sino porque tengo ese pensamiento. Para mí es una herramienta más que mantiene la literatura viva. Pensemos cuántos autores cambiaron durante siglos, quiénes siguen vivos y quiénes no.Pero tengo una evolución en mis artes, transformaciones para dar un buen show. Hay escritores o lectores de terror a quienes les gusta lo que hago y hay gente que no me considera el escritor adecuado para sus revistas de terror o ciencia ficción, pero no me molesta porque sé que más adelante me convocan.

¿Influyó la formación que te dio la escuela en tu acercamiento a la literatura?

No. En la secundaria tenía a los típicos profesores que mandaban Martín Fierro y las malditas agudas, graves y esdrújulas que odiamos tanto; me pone furioso. Si lo pienso, es bueno, porque todo lo aprendí afuera de las instituciones de educación. Si bien existen profesores y profesoras que les muestran el amplio mundo de la literatura a sus alumnos, hay que ver el resultado final: si su mecanismo funcionó para que el alumno siga leyendo, está muy bien; o si solo lo transmite para pasar su horario laboral rápidamente.

¿Por qué te interesa el terror?

Porque siempre me gustó de chico: en películas, dibujos animados, figuritas, etc. El mal tiene una característica de perfiles más gustosos que el héroe: tiene poder y siempre vuelve en diversas formas y tamaños, lo que a todo el mundo le atrae, por más que digan que es un arte infantil, inmaduro o diabólico, un arte menor. Siempre hay gente que se acuerda de algún momento de su vida que le llamó la atención y le da nostalgia. Por eso el terror es el arte más vivo del planeta Tierra.

¿Qué opinás del terror que se realiza en la actualidad?

No tengo nada que decir al respecto. Si bien hay muchos —buenos, malos, clásicos, novedosos, excelentes y densos—, los tomás o no. Lo que sí molesta, porque vuelvo a lo que respondí en otra pregunta, es que son soberbios: algunos que van a eventos grandes se creen Mary Shelley, Lovecraft o Bajarlía, y ellos eran uno solo. Yo hago otras artes; porque me vieron actuando, me encasillan como actor. Hay editores que me conocen hace mucho como escritor; además, les publiqué muchos años en mi blog y en revistas, y me borraron del mapa de la literatura de terror actual. No soy un escritor glamoroso que está en los medios como la Feria del Libro ni arrastro mucha gente que me tenga que chupar el culo. Tampoco publiqué un libro, pero saben que escribo. Pero bueno, cada uno con su locura; me importa una mierda. Las actitudes de escritores y editores: si me dan el espacio, bien; si no, no.

Pero como sé que solo se juntan con un grupito, tienen fecha de vencimiento.

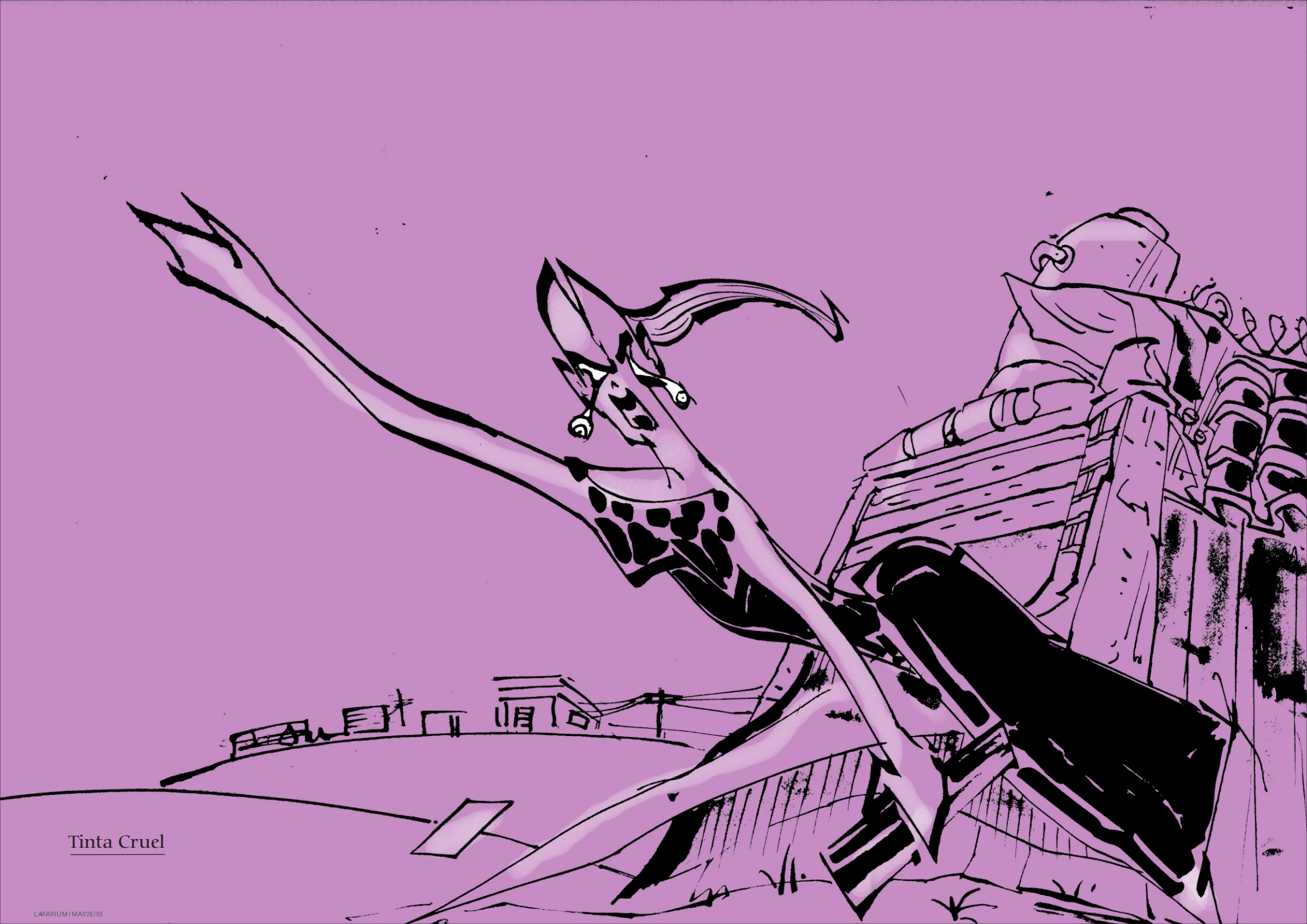
¿Cómo ves el presente de los espacios literarios?

Los ambientes literarios se están muriendo, en el sentido de que es la época que nos tocó: la tecnología, el consumo. Todavía hay, pero muy pocos, y de veinte sacás uno que es bueno. En el ambiente del terror mutaron con vendedores de stands y se fusionaron con otras artes, porque son generaciones más cercanas a la mía y las que le siguen; pero son muy pocos los que leen. Lo bueno es que, mal o bien, aún existen.

Una reflexión final.

En mis 23 años en la literatura no me arrepiento de nada, porque hice lo que me propuse aquel diciembre de 2002, cuando fui a ese evento de arte por mi barrio. Conocí mucha gente buena, copada, y sigo aprendiendo del que sabe más o del que recién empieza, porque siempre hay historias nuevas para contar. Estoy agradecido a todas las personas que me abrieron las puertas en este mundo del arte nacional e internacional, como también a las que me las cerraron, porque aprendí a no bajar los brazos. También agradecido a quienes me comentaron que se sintieron felices por mis artes; siempre estaré muy agradecido. Lo único que me falta es vivir de esto, pero es otra cosa que espero comentarles en algún otro momento.

IG: @mimanclock



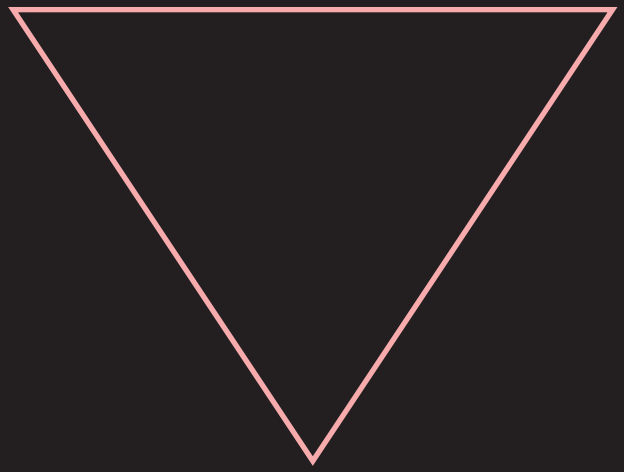
Tinta Cruel

3.

Era la época en que venían al templo con el sueño al aire, desnudos de ideas y sin escrúpulos. Todos los rituales que giraban en torno a él (me refiero al templo) prometían la vida eterna por medio de la ingesta de la sangre menstrual y las papas fritas.
Las lunas eternas dominaban el lado este de la Casa, así bautizaron lo que antes se llamaba sólo "templo". Casa también era el nombre de la diosa madre. Se la asocia con la fecundidad, con la voluptuosidad, con la valentía y el destino.
Los monjes practicaban las vedas de palabras y los ayunos de silencios, dormían perpendiculares a la luna y curaban con la mirada y a veces con la orina. Las sacerdotisas, en cambio, preparaban los campos para la siembra, mezclaban yuyos y otros ingredientes que maceraban para lograr los famosos jugos mágicos; confeccionaban ropas y, claro, contaban lejanas historias que tejían en los telares colectivos, durante las noches de luna llena o en vísperas del año nuevo.

5.

Sólo en el cielo hay lugar para la imaginación, cerca de las estrellas se encuentra el otro mundo, vasto y antiguo como el mismo universo, sereno y astuto como… No quiero decir un dios, sino, más bien, como una especie de espíritu dinástico pero único, incapaz de hablar con otros seres, aunque, indefectiblemente, los afecte con sus conflictos existenciales y rabietas.
El dar supone una especie de ofrenda, diezmo, gabela… una entrega silenciosa, pero que ya no altera a nadie entregarla, se da así, simplemente. Todos tienen su precio y casi todos tienen también que pagar su estadía en el mundo, no es fácil sostener la hipocresía de un sistema opresor e injusto. Es un negocio redondo, donde algunos pocos pilluelos la pasan mejor que una mayoría rotunda.
La muerte lo ronda todo. Lo deja todo inhabitable. Pero el centinela observaba el vaivén de las olas en las noches de tormenta, crujían con su voz los reptilianos rascacielos y se dejaban llevar por la música del mar, el brillo agudo de los acantilados, los gritos de las gaviotas… y los graves, representados por las vibraciones del suelo arenoso, ante las pisadas de los elefantes
y el abrupto canto de los grillos.



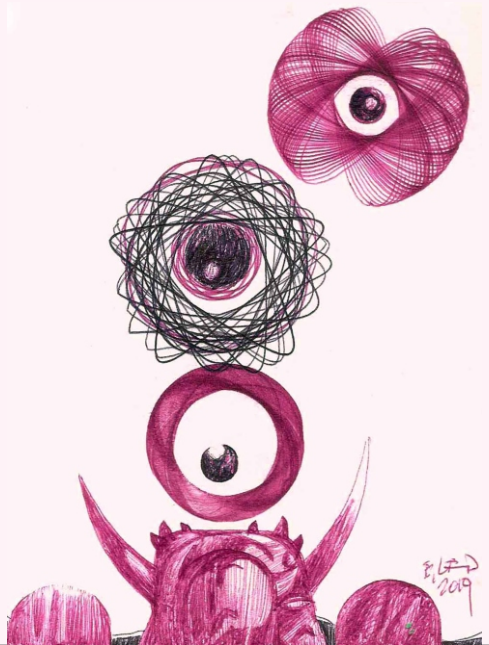
LAFARIUM

MAYO, 2026

Portada: Eugenio Led
Edición y maquetación: Diego Arandojo

Los derechos de las imágenes y textos reproducidos pertenecen a sus respectivos autores y autoras

© Copyright 2026
LAFARIUM
www.lafarium.com



Marcelo Gobbo
Alejandra Viviana Aranda
Melissa Cammilleri
Paté Crudo (Marcela Nigro, Juan Manuel Menéndez y Manuel Rivas Pintos)
GR Mateo
Gabriel Juárez
Roberta de las Praderas
Julieta Manterola
Fabián Arnaldi
Matías Bragagnolo
Lorena Pinasco
Pabluchi García
Juan Sirro
Agustín Scetti
Andrés Casciani

Marcelo Mosqueira
Oscar Grillo
Emiliano Raspante
Gladys Cepeda
Ian Mora
Mariela Puzzo
Elizabeth Ríos
Ricardo Esquilachi
Tinta Cruel
Pablo Katzin (Fritz Sol)
Eugenio Led
Emiliano Bellini
Diego Ollero, Dr. Clock
Hernán Tenorio